

Prefacio
Ian Fleming

Estoy cualificado para escribir una introducción a esta recopilación de selectos y sumamente entretenidos ensayos por varias razones.

En primer lugar, la idea de la serie se me ocurrió a mí hace un par de años, cuando aún era miembro del consejo editorial del *Sunday Times* de Londres. El consejo se reúne todos los martes para comentar la edición del domingo anterior, planificar la siguiente y proponer proyectos a más largo plazo.

Es un consejo bastante pequeño, compuesto por siete u ocho jefes de sección –en ese momento yo lo era de Internacional–, junto con el editor jefe y el propietario, el señor Roy Thomson. Todos somos buenos amigos, a pesar de que en estas reuniones semanales, bajo la superficie de nuestra cordialidad, acechan todos los pecados capitales, a excepción de la gula y la lujuria: cada uno de nosotros se siente orgulloso de su sección en el diario; muchos codiciamos la silla del director; la mayoría envidiamos las ideas inteligentes que exponen otros; la ira aflora cuando recibimos críticas que consideramos inmerecidas, y la pereza, desde luego en mi caso, ronda entre bastidores. Es probable que esta dinámica se dé en las reuniones ejecutivas de todos los sectores de negocio. Cuando a alguien se le ocurre una idea inteligente, por más útil o provechosa que pueda resultar para la actividad en cuestión, despertará ni que sean indicios de envidia, ira y codicia en

sus colegas. Y, sin embargo, cuando expuse esta idea «inteligente» en particular, no recuerdo que fuera acogida sino con aprobación y un simpático asentimiento de cabezas.

El proyecto quedaba fuera de la esfera de mis competencias en el periódico y no supe nada más de él hasta después de dejar el *Sunday Times* para concentrarme en escribir *thrillers* cuya trama giraba en torno a un miembro del Servicio Secreto británico llamado James Bond. De modo que no puedo describir los problemas con los que se topó el director literario en sus esfuerzos por emparejar los siete pecados capitales con siete autores apropiados. Hasta donde yo recuerdo, los matrimonios que sugerí se siguieron al pie de la letra, salvo en el caso del señor Malcolm Muggeridge, al que, por ser un hombre famosamente colérico, propuse como candidato para hablar de la ira. Sea como fuere, verán que el señor W.H. Auden era la elección más acertada.

Lo segundo que me cualifica para presentar estos ensayos es que recomendé al señor Lawrence Hughes, buen amigo y director de la editorial William Morrow & Co., que los publicara en forma de libro. Normalmente, cuando uno ofrece sus geniales sugerencias a un editor, un velo de aburrimiento empaña la mirada de éste, y no sucede nada. Sin embargo, en esta ocasión Larry Hughes se mostró entusiasmado con mi recomendación y, sorteando todo tipo de problemas respecto a los derechos de autor, perseveró con brío hasta reunir a estos siete célebres autores entre las tapas de un libro; toda una hazaña si saben algo de derechos de autor y agentes literarios.

Todo ello podría llevarles a suponer una modesta indulgencia en el pecado mortal del orgullo por mi parte. Pero se equivocarían. He leído y releído estos ensayos con gozo y provecho, pero su impacto moral en mí ha sido incómodo. Por decirlo sincera y concisamente, el examen crítico de estos famosos pecados por algunas de las mentes más agudas de nuestro tiempo me ha llevado a la horrible conclusión de que, comparados con los actuales, estos viejos pecados casi parecen virtudes.

Repasemos la lista. Siempre he admirado el orgullo de la venerable Edith Sitwell, el orgullo que, junto con el de sus hermanos, ha ayudado a sobrellevar batallas de opinión y gusto a esta excepcional familia literaria desde mi juventud.

La codicia de Cyril Connolly, tan finamente representada en su relato, es una de sus más adorables cualidades y él sería un hombre más insignificante y menos interesante sin ella.

La glotonería de Patrick Leigh Fermor por la vida, la comida, la bebida y las mujeres son la esencia de su increíble gusto por todo. ¿La lujuria? Si Christopher Sykes es lujurioso, que pueda seguir siéndolo, y ya puestos yo con él, por muchos años.

La envidia tiene su cara fea pero, si siendo el segundo de cuatro hijos no hubiera tenido envidia de mi hermano mayor y de sus logros, no habría deseado emularle durante toda la vida. En cuanto a la ira, no hay duda de que para combatir la indiferencia —esa actitud de «Estoy bien, Jack» tan corriente hoy en día— más vale excederse que quedarse corto.

Quizás porque en momentos de desesperación he visto su cara, de los siete pecados sólo condeno rotun-

damente la pereza en su forma extrema, la *acidia*, que no es otra cosa que una forma de suicidio espiritual y negación de la alegría, y de la que Evelyn Waugh hace un implacable análisis.

¡Cómo sería de insípida y vacía la vida sin dichos pecados, y nosotros, pobres diablos, cómo de aburridos sin un rastro saludable de ellos en nuestra estructura! ¿Acaso la representación de estos pecados no ha servido de fermento para el mejor teatro y la mejor literatura? ¿Habrían escrito Shakespeare, Voltaire, Balzac, Tolstói o Dostoievski sus obras maestras si la humanidad estuviera libre de ellos? Sería como si se hubiera exigido a Leonardo, Tiziano, Rembrandt o Van Gogh que pintaran sin usar los colores primarios.

Es enteramente cierto que, en términos generales, estos siete pecados capitales fueron enunciados por monjes para monjes, y no es difícil hacerse una idea de lo dañinos y perniciosos que podrían resultar en un monasterio.

Sin embargo, no vivimos en clausura, sino en un gran y palpitante hormiguero, lo que me lleva de vuelta a la confusión moral a la que me abocó la lectura de estos ensayos, que viene a ser la sensación de que hay otros y más mortales pecados que quisiera ver tratados por autores de igual calibre en un volumen que acompañara a éste.

He aquí mi lista de estos siete pecados aún más mortales, que estoy seguro todo lector querrá enmendar: la avaricia, la crueldad, el esnobismo, la hipocresía, la santurronería, la cobardía moral y la malicia. Si pusiera estos siete pecados modernos en una balanza frente a los otros siete más antiguos, no puedo evitar

pensar que el peso de los primeros haría caer estrepitosamente el plato.

Pero ¿se trata de un pensamiento borroso? ¿Podría tal vez argumentarse que si estamos libres de los antiguos no caeremos víctima de sus modernos descendientes? Yo personalmente no lo creo así, pero haría falta una cabeza mejor que la mía y un sentido de la moral teológica más agudo para ahondar en este argumento. Como hombre corriente, no puedo más que expresar la creencia de que aun estando poseído por los siete pecados originales es posible ir al cielo, mientras que sucumbir a los segundos sólo puede ser un pasaporte seguro al infierno.

¿Qué hay entonces de las siete virtudes capitales?

¿Qué hay del erotismo reprimido que según los psicólogos se esconde tras la frugalidad? ¿Cuánto vale la caridad nacida del egoísmo? Tal como la practican los comunistas, ¿es la perspicacia política una virtud? ¡Menudo infierno puede ser la sociabilidad! ¿Dónde está la línea que separa la deferencia de, por no decirlo en una palabra más vulgar, la adulación? La pulcritud excesiva deviene patológica, igual que la higiene. ¿Y en cuántas ocasiones la castidad sirve de manto a la frigidez?

Pero ya les he entretenido bastante. Ha llegado el momento de pasar a estos extraordinarios y, cada uno a su manera, emocionantes ensayos, pues debo evitar a toda costa el más mortal de todos los pecados, modernos y antiguos, el más duradero que cualesquiera de los que he enumerado: ser un pesado.